

## DISCURSO

PARA EL DÍA 25 DE MAYO.

### VIRTUDES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

VIRTUDES CRISTIANAS.

#### PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Amor de María á la pobreza.

PUNTO SEGUNDO.—Humildad de María.

PUNTO TERCERO.—Pureza de María.

PUNTO CUARTO.—Amor de María hacia Dios.

*Invenisti gratiam apud Deum.*  
Has hallado gracia delante de Dios.

(Luc., 1, 30.)

No se crea, H. M., que el título de Madre de Dios y sus relaciones con la Santísima Trinidad fuesen sólo la causa de la predestinación de María. Hubiera sido indudablemente una cosa muy extraña que la que había de dar al mundo el Mesías no participase luego de su triunfo y de su gloria. Sin embargo, la glorificación de la Virgen no se debe sólo á las sublimes prerogativas de que disfrutaba, sino más bien, como dice San Agustín, á su fidelidad y sumisión á las órdenes divinas; porque no sólo fué humilde, pura y santa, sino que fué también el modelo de todas las virtudes: *Hoc in ea magnificavit Dominus, quia fecit voluntatem Patris, non quia caro carnem genuit.*

Entre tantas virtudes como practicó María, nos limitaremos hoy á hablar sólo de aquellas que parece como que le han merecido una especial predilección. Sigamos con interés este desarrollo, M. A. H., pues si sus virtudes tejieron á María su brillante y rica corona, las nuestras serán también premiadas con una eterna recompensa. Sigamos paso á paso el perfecto modelo que hoy se ofrece á nuestra consideración, y esforcémonos por imitarle cuanto nos sea posible.

AVE MARÍA.

### PUNTO PRIMERO.

AMOR DE MARÍA A LA POBREZA.

María será en todos los siglos la admiración de los hombres por sus raras virtudes. Aunque nació pura y sin mancha, el Señor no la encontró todavía bastante pura para agradarle, y quiso que también fuese pobre, humilde, casta y llena de amor hacia su Dios; en una palabra, que fuese un modelo á quien hubiesen de imitar todas las generaciones.

Procediendo de estirpe regia, ¿no parecería muy natural que tuviese derecho á grandes honores é inmensas riquezas; que tuviera por morada un palacio suntuoso con una gran servidumbre; que vistiese de oro y de púrpura y que se paseara triunfante en Jerusalén como las princesas de la casa de David? Pues nada de esta vana pompa hubo para la sierva del Señor; la pobreza es la herencia de la mayor parte de los hombres.

Pero ¡cuán difíciles de soportar son las privaciones, la oscuridad y los sufrimientos! El hombre abatido, desalentado y perseguido por la miseria, necesitaba de un gran ejemplo en su misma desgracia, para aprender á desafiar la indigencia y los males crueles que lleva consigo. Una mujer fué encargada de esta noble y alta misión para con la humanidad.

Seguid su vida: sus antepasados son ilustres; David, Salomón y sus sucesores, que reinaron por una dilatada serie de siglos en la casa de Judá; sus nombres están escritos en la historia; hicieron guerra á los reyes de Siria, de Persia y de Egipto, y su celebridad los ha hecho notables en todo el universo.

María es hija de estos reyes: pero durante su vida, apenas es conocido su nombre; todo lo que de ella se sabe es que es la esposa de un carpintero llamado José, y que tiene un hijo llamado Jesús.

Sus abuelos tenían palacios; pero ella es tan pobre que va á nacer en las montañas de Galaad, y para vivir necesita el trabajo de sus manos. Unida á José, tiene que habitar una humilde gruta, y cuando llega la hora de dar á luz al Salvador del mundo, no encuentra en Belén más que un portal expuesto á la intemperie, por falta de recursos para alojarse en una posada y dar abrigo á su Hijo.

¡Con cuánto valor soporta, sin quejarse, los rigores de su indigencia! Sabe que toda la tierra pertenece al Señor, pero nada de ella le pide en herencia, porque la única que quiere es la herencia del Cielo que dura una eternidad, es el amor de Jesús, su Divino Hijo, y la bendición de su Excelso Padre.

Así vivió María, nuestra Madre amorosa, pobre y oscurecida, hu-

milde é ignorada en medio de los hijos de Jacob. Sin embargo, era hija de reyes, era Madre de Jesús, el Salvador del mundo; era Madre de un Dios.

Y aquellos de nosotros á quienes les haya tocado la suerte de vivir entre las privaciones de la indigencia, condenados á comer su pan regado con el sudor de la frente, ¿tienen la fortaleza de María; saben como ella hacerse superiores á sus necesidades; bendicen á Dios por haberles colocado en una posición dura, sí, pero tan sublime y tan meritoria á sus divinos ojos?

¡Cuán al contrario sucede! Aun los que disfrutamos de algunas comodidades nos solemos quejar con frecuencia; murmuramos sin cesar é injustamente del Cielo... Y, sin embargo, ¿qué conseguimos con nuestras vanas y culpables quejas? ¿Mejoraremos así nuestra suerte? Lejos de aliviar nuestros males, lo que conseguimos es agravarlos, atrayendo sobre nosotros la cólera del Cielo.

¡Dichosa el alma cristiana que, como María, desdeña las vanidades del mundo, despreciando sus riquezas y sus bienes mezquinos y engañosos, para no ocuparse más que en los bienes celestiales! ¡Dichosa el alma santa que consuela sus males con la perspectiva de un porvenir venturoso y con los sentimientos de un amor vivo y ardiente hacia su Dios!

## PUNTO SEGUNDO.

### HUMILDAD DE MARÍA.

Sólo con decir que María estaba contenta con ser pobre, se explica perfectamente su mucha humildad, en lo cual tanto el Evangelio como la tradición nos la ofrecen como el más sublime modelo.

Si en la Sagrada Escritura se habla de ella muy pocas veces, es porque Dios ha querido hacernos comprender de este modo que la vida de sus mayores Santos debe ser una vida oscura; que sus alegrías, sus consuelos y sus esperanzas no deben venir más que del Cielo, y que deben vivir en la tierra como en una sociedad de Angeles, lejos de las flaquezas y de los crímenes que ocasiona el contacto de los hombres.

En lo que el Evangelio dice de nuestra Madre, vemos una mujer dulce, modesta y humilde, viviendo sin fausto y obrando en todo sin ostentación. Sabiendo que es hija de reyes poderosos, no imita á sus antepasados más que en las virtudes, y desdeña sus riquezas, sus palacios, su lujo y toda la vana, suntuosidad de su corte.

Un mensajero celestial viene á anunciarla un día que será Madre de Dios. Apenas puede dar crédito á tan gran prodigio, y duda asombrada de que ella pueda nunca ser digna de una merced tan extraordinaria.

En las bodas de Caná toma parte en el milagro de Jesús, y el agua se convierte en vino. Los convidados dan muestras de su alegría profunda; pero María no recibe la más leve señal de su reconocimiento por un beneficio tan grande, ni se oye siquiera pronunciar su nombre entre el regocijo del banquete nupcial.

Algunas veces sigue al Salvador del mundo en sus excursiones evangélicas; pero jamás le rinden homenaje alguno los pueblos de la Judea. Asombrados de los prodigios de Jesús, recorren cuatro mil hombres las montañas de Galilea, para encontrarle y hacerle Rey; de María nadie hace caso, nadie la conoce, y atraviesa por entre la multitud sin ser notada, sin encontrar en su camino quien la ofrezca hospitalidad, como la ofrecieron en otro tiempo á Ruth la espiadora.

Al subir con su Hijo hasta la cumbre del Calvario; cuando llora amargamente al pié de la Cruz, nadie se apiada, nadie llega á consolar el dolor oculto de aquella desconsolada Madre, abandonada de los hombres.

Cuando el Señor sale del sepulcro, radiante de gloria, para subir triunfante á los Cielos, ella no se manifiesta orgullosa de tantas maravillas, sinó que acaba su carrera humildemente, como la había empezado, y muere acaso en mayor oscuridad que la en que había vivido.

¡Oh, cristianos, cuán diferente es nuestra conducta! El orgullo, esa calamidad de la especie humana, ¿no se ve en casi todas nuestras acciones? El se encuentra en el fondo de nuestra alma como un abismo insaciable; él alimenta nuestra ambición, nos habla de gloria, de honores, de triunfos; nos muestra el poder como un bien soberano y nos incita á subir para afianzarle. ¡Mentira y locura! porque en eso sólo encontramos nuestra ruína y la perdición de nuestras almas. ¡Dichoso el que sabe imitar á María, M. A. H.; dichoso el que sabe vivir en la oscuridad, contento con la posición en que Dios ha querido colocarle!

## PUNTO TERCERO.

### PUREZA DE MARÍA.

La humildad de María y su resignación en la pobreza tienen algo de sobrenatural y verdaderamente admirable; pero al hablar de su pureza, no hay en el lenguaje humano palabras con que poderla expresar de un modo conveniente. ¡Oh, Virgen de Sión, cuán grande fué tu modestia, y qué vigilancia tan exquisita ejerciste siempre sobre tus ojos, sobre tus labios y sobre tu corazón purísimo! Sólo por su aire angelical se la hubiera distinguido fácilmente, no sólo entre las

doncellas de su tribu, sinó entre todas las de la tierra, como se distingue la rosa entre las demás flores, ó la blanca azucena entre los abrojos...

Niña todavía, se dirige al templo á ofrecer á su Dios el precioso homenaje de su virginidad, contra los preceptos y hasta los usos de la Ley Antigua, que consideraban la continencia como un oprobio. Pero el Espíritu Santo es quien la guía al pié de los altares; el Padre Celestial quien acepta sus generosos votos, y el Hijo del Eterno quien sonríe á su joven y Virgen Madre, cuyas delicias é inefables goces formará algun día.

La Iglesia, para mostrarnos cuán grande fué la pureza de María, la compara á una casta paloma paseándose á la orilla del agua, á una rosa todavía en capullo y que esparce á su alrededor perfumes suaves, y á una azucena cuyas hojas permanecen siempre blancas; dice también que hasta los Angeles envidian esa flor virginal nunca manchada con el más leve soplo de impureza; la llama la Reina de las Vírgenes, y nos la representa presidiendo el glorioso coro de doncellas bienaventuradas que, al pasar por la tierra, no han querido tener otro esposo que Jesucristo.

El amor de María hacia su Dios fué el amor de un corazón ardiente que se consume por sí mismo, como la lámpara sagrada ante los tabernáculos eternos. El amor de Dios es el centro de todas las virtudes, como la humildad es su base. Y sinó ¿por qué nos resignamos en la pobreza? Porque amamos á Dios. ¿Por qué somos humildes y castos? Porque amamos á Dios. La vida de María es una vida admirable de humildad, de resignación y de pureza: todo porque amaba á su Dios. ¡Qué misterios de amor tan profundos existirían entre su corazón y el de Jesús, pobre, desnudo y abandonado en el portal de Belén, cuando estrechaba contra su seno al divino Niño, cuando recogía de sus labios la relación de las maravillas celestiales, y principalmente las sublimes máximas de sabiduría que ella practicaba de un modo tan perfecto! ¡Cuánto debió amar á su divino Hijo, al verle desdeñado y menospreciado por los hombres perversos, á quienes Él había colmado de beneficios; y sobre todo, al verle espirar en una cruz, á El, el justo, el inocente, que se había ofrecido á su Padre como víctima propiciatoria por todo el género humano! ¡Y cuánto debió amarle, al verle resucitar glorioso, al contemplarle por segunda vez y estrecharle entre sus brazos, después de pasar por todos los horrores del sepulcro! Tanto le amaba, que cuando el Señor subió á los Cielos, sus días se llenaron de amargura, y moría á cada instante, por no poder morir tan pronto como deseaba.

## PUNTO CUARTO.

AMOR DE MARIA HACIA DIOS.

¡Cuán lejos estamos, H. M., de la pureza y el amor de María hacia su Dios! ¿Hemos conservado en toda su candidez la vestidura blanca con que nos cubrieron en el bautismo? ¡Ay! que apenas entramos en la vida, el vicio mancha nuestras almas con su impuro aliento; porque no sabemos cerrar los oídos á la infame voz de la carne, y aún ignoramos prácticamente lo que es virtud, mientras caminamos con placer por la vergonzosa senda del pecado.

¿A quién amamos nosotros sinó á las criaturas y á las cosas mezquinas de la tierra? Para todo eso nuestro amor es constante. Apenas entramos en la edad de las pasiones, ambicionamos los placeres y los goces sensuales; luego, los honores y las riquezas; y cuando llegamos á la vejez y deberíamos pensar más que nunca en la hora de la muerte, nos adherimos más á los bienes terrenales. Nuestro amor existe sólo para los placeres, para los honores y para las riquezas del mundo, y nos olvidamos con loca insensatez de Dios, de su gloria, de la eternidad y de la dicha que en ella nos ofrece.

¡Cuán grande es nuestra ceguedad, que codiciamos lo frágil y perecedero, y olvidamos, como cosa de poca importancia, lo que ha de durar para siempre; y por correr tras de lo fugitivo y engañoso, desdeñamos lo verdadero y seguro, cuando va en ello nuestra salvación eterna! Empuñemos, ¡oh H. M.! con firme mano las riendas de nuestros corazones; y arranquémoslos de las miserias de este mundo para dirigirlos á Dios, que los ha formado para su gloria. Imitemos á nuestra amantísima Madre, que no amó nunca más que al Señor, y ella nos bendecirá como á sus hijos. En este día, en que por todas partes se celebra su dulce Nombre, cobijémonos bajo sus alas protectoras. Su poder no tiene límites; la protección que á los hombres concede es muy grande, pero para merecerla es necesario imitar sus virtudes. Seamos resignados y humildes: llenemos nuestra alma de verdadero amor de Dios, y haciéndonos semejantes á ella en cuanto dependa de nosotros, ella conseguirá que nuestras súplicas sean escuchadas. El marinero la invoca en la tempestad, como una estrella de ventura para que dirija su rumbo; el peregrino la invoca en las desiertas soledades para que ilumine su senda. Pues bien; nosotros somos marineros á quienes amenaza el naufragio entre la tempestad de las pasiones; nosotros somos peregrinos que hacemos el viaje de la eternidad. Invoquemos á María; supliquemos con verdadera fe á nuestra piadosísima Madre, y llegaremos felizmente al deseado puerto de nuestra salvación. Amén.

C. MARTIN.